

LOS ESTADOS UNIDOS
Y EL MUNDO:
LA METAMORFOSIS
DEL PODER AMERICANO
(1890-1952)

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: PILAR TOBOSO SÁNCHEZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LOS ESTADOS UNIDOS
Y EL MUNDO:
LA METAMORFOSIS
DEL PODER AMERICANO
(1890-1952)

José Antonio Montero Jiménez
Pablo León Aguinaga



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© José Antonio Montero Jiménez
Pablo León Aguinaga

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-358-6
Depósito Legal: M-37.490-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
1. NUEVAS FRONTERAS (1890-1900)	23
1.1. <i>La forja de una nueva política exterior</i>	25
1.1.1. Una época de cambios	25
1.1.2. Las bases intelectuales	27
1.2. <i>Un interés incentivado: Latinoamérica y el Pacífico</i>	31
1.2.1. De Samoa a Hawái.	31
1.2.2. Venezuela y la “amistad especial”	32
1.3. <i>Las nuevas fronteras de 1898</i>	35
1.3.1. La guerra hispano-estadounidense	35
1.3.2. De Cuba a Filipinas pasando por China	42
1.3.3. La “carga” estadounidense en Asia	46
2. BUSCANDO UN LUGAR (1901-1913)	53
2.1. <i>Afianzando posiciones</i>	56
2.1.1. Theodore Roosevelt: una “vida extenuante”	56
2.1.2. Los Estados Unidos, policías del istmo	60
2.1.3. Los prejuicios raciales y la política hacia China ..	66

2.2.	<i>En el círculo de las grandes potencias.</i>	70
2.2.1.	Mostrando preferencias: Reino Unido, Alemania y Francia	70
2.2.2.	Desactivando conflictos	77
2.2.3.	Sembrando la paz	84
2.3.	<i>Americanización y diplomacia del dólar</i>	87
2.3.1.	La “invasión americana”.	87
2.3.2.	Una vacilante política comercial.	95
2.3.3.	“Cambiar las balas por los dólares”	100
3.	NUEVOS COMPROMISOS (1913-1921)	107
3.1.	<i>Wilsonismo prebélico.</i>	109
3.1.1.	Una “ironía del destino”.	109
3.1.2.	Latinoamérica: primer campo de pruebas	112
3.1.3.	El espejismo de la neutralidad	116
3.1.4.	Excepcionalismo y guerra submarina.	121
3.2.	<i>La beligerancia: primer compromiso europeo</i>	126
3.2.1.	Hacia la declaración de guerra	126
3.2.2.	“Al otro lado”. La aportación militar estadounidense	131
3.2.3.	Hacia la primacía mundial. La aportación económica	134
3.2.4.	“Un mundo seguro para la democracia”. La guerra como cruzada ideológica	139
3.3.	<i>El desencanto de Versalles.</i>	148
3.3.1.	El “momento wilsoniano”	148
3.3.2.	Duelo en la “cumbre”.	154
3.3.3.	“Rompiendo el corazón al mundo”	162
4.	AISLACIONISMO GLOBAL (1921-1933)	169
4.1.	<i>La era de la diplomacia informal.</i>	170
4.1.1.	Hacia un nuevo nacionalismo	170
4.1.2.	El “cierre” frente a Europa	172
4.1.3.	La “falsa prosperidad”.	177
4.1.4.	El Pacífico, Latinoamérica y las contradicciones de la política estadounidense	181
4.2.	<i>Una América dividida, un mundo expectante</i>	187
4.2.1.	La polarización de la sociedad americana.	187
4.2.2.	Los vestigios del wilsonismo.	190
4.2.3.	Las expectativas europeas	193

4.3. <i>El desencadenamiento de la Gran Depresión</i>	196
4.3.1. Los inicios de la tempestad. La moratoria Hoover	196
4.3.2. La Conferencia Naval de Londres	200
4.3.3. La Depresión toca fondo	202
4.3.4. Manchuria, Japón y la Doctrina Stimson	204
5. MIEDO E INDECISIÓN (1933-1940)	207
5.1. <i>Tiempos de incertidumbre</i>	210
5.1.1. FDR, un enigma histórico	210
5.1.2. El cénit del retraimiento americano	213
5.2. <i>De espaldas al mundo</i>	217
5.2.1. El giro de Roosevelt	217
5.2.2. La “política del buen vecino”	224
5.2.3. El dudoso futuro de la democracia	226
5.3. <i>La neutralidad como refugio</i>	232
5.3.1. La invasión de Etiopía y la guerra civil española ..	232
5.3.2. La segunda guerra chino-japonesa	237
5.3.3. De Múnich a la “guerra de broma”	241
6. LÍDER DEL “MUNDO LIBRE” (1940-1947)	249
6.1. <i>El ocaso de la neutralidad estadounidense</i>	252
6.1.1. En “defensa” de América	252
6.1.2. <i>América primero</i> contra el <i>Capitán América</i>	256
6.1.3. La beligerancia soviética y la Carta del Atlántico	261
6.1.4. ¡Tora, Tora, Tora!	266
6.2. <i>Urgencias bélicas</i>	270
6.2.1. Las Naciones Unidas contra el Eje	270
6.2.2. El Segundo Frente y los “policías del mundo”	275
6.2.3. Normandía, Bretton Woods, Dumbarton Oaks ..	279
6.2.4. Yalta y las fronteras del emergente poder americano	284
6.3. <i>Victoria atómica, posguerra radiactiva</i>	288
6.3.1. De Potsdam a la bahía de Tokio	288
6.3.2. “En la cima” de un mundo desolado y efervescente	293
6.3.3. La “lógica de la fuerza”: la ruptura con la Unión Soviética	299
6.3.4. “No escurriremos el bulto”. La Doctrina Truman ..	303

7. EL EJERCICIO DE LA SUPERPOTENCIA (1947-1952).....	309
7.1. <i>Haciendo la Guerra Fría</i>	312
7.1.1. Plan Marshall, GATT y “cambio de rumbo”.....	312
7.1.2. El despliegue geopolítico de la “contención”	316
7.1.3. La delimitación del “mundo libre”: Praga, Bogotá, Berlín	320
7.1.4. El consenso anticomunista y antiaislacionista....	324
7.2. <i>¿Hacia la Tercera Guerra Mundial?</i>	329
7.2.1. Punto Cuatro, <i>Rollback</i> y Alianza Atlántica	329
7.2.2. La “pérdida” de China.....	334
7.2.3. La guerra de Corea.....	339
7.2.4. El presidente, el general y el <i>americano imposable</i>	344
7.3. <i>Se cierra el círculo</i>	347
7.3.1. “Cruzada por la libertad”	347
7.3.2. La creciente huella económica global americana	352
7.3.3. Europa, Japón y el “irresistible” modelo americano	358
7.3.4. La culminación del giro <i>internacionalista</i>	362
 SELECCIÓN DE TEXTOS	 367
1. <i>Turner y la frontera americana (1896)</i>	367
2. <i>Mark Twain y la anexión de Filipinas (1901)</i>	368
3. <i>Theodore Roosevelt y la política exterior (1913)</i>	369
4. <i>La propaganda, Wilson y la Gran Guerra (1918)</i>	371
5. <i>Literatura, pacifismo y aislacionismo (1921)</i>	372
6. <i>Leyes de neutralidad y guerra civil española (1939)</i>	374
7. <i>FDR, el Gran Debate y el miedo a la “quinta columna” (1940)</i>	375
8. <i>La metamorfosis de la política exterior americana y la escuela realista (1951)</i>	376
 CRONOLOGÍA	 379
 BIBLIOGRAFÍA BÁSICA.....	 381

2

BUSCANDO UN LUGAR (1901-1913)

“En ningún lugar existe una tendencia mayor hacia el menosprecio propio que en este país”. Con esta lapidaria frase abrió el *Times* de Londres uno de sus editoriales del 1 de enero de 1914. No podía ser mayor el contraste con el estado de ánimo que imperaba ese día de Año Nuevo entre los ciudadanos de la otra gran potencia anglosajona. En las costas del Pacífico, el periodista y futuro autor de novelas de aventuras George Ray Young, iniciaba su contribución a *Los Angeles Times* afirmando que: “El ingenio de la humanidad no ha conseguido nada tan grandioso como el Canal de Panamá”. Muchas voces se sumaban esos días al coro de aclamaciones hacia ese hito de la ingeniería moderna que muy pronto iba a abrir sus esclusas al tráfico mercantil. No existía la misma unanimidad a la hora de subrayar el principal de sus beneficios. Young destacaba, ante todo, su potencial integrador para la economía nacional. “El Canal no abre un nuevo país, pero sí abre a este de nuevas formas”. El paso del istmo reduciría los costes del transporte entre las dos orillas del país y favorecería con ello el desarrollo de áreas hasta entonces deprimidas, como el sur de California. Desde Nueva York, un colaborador del *Wall Street Journal* se quejaba el mismo día: “Pocos –muy pocos– se han parado a pensar en la importancia (...) de una nueva ruta marítima que (...) pasa justo bajo los Estados Unidos”.

Las reacciones ante la apertura del Canal de Panamá reflejaban la dubitativa actitud de los estadounidenses frente al cénit de la primera globalización. Muchos, llevados como Young por la inercia de una nación todavía

joven que había tenido poco tiempo para mirar más allá de sus intereses inmediatos, interpretaban la nueva ruta en clave eminentemente interna. Otros, en cambio, la definían como un símbolo de la nueva posición del país en el mundo. Al igual que el redactor del *Journal*, el ya almirante Mahan había advertido que, con un Canal, “el Caribe pasaría de ser una estación término, un lugar para el comercio local, o como mucho una ruta de viaje quebrada e imperfecta, como lo es hoy, a convertirse en una de las grandes rutas mundiales”.

Estratégicamente, la nueva vía de agua afianzaba el control americano sobre el istmo, pero también aproximaría, “como nunca antes, los intereses de otras naciones grandes, las naciones europeas, a nuestras costas. Con ello no resultará tan fácil permanecer ajenos a los problemas internacionales” (Mahan, 1890, 33; Zimmermann, 2002, 96-97). Entre ellos ocupaba un lugar nada despreciable la inmigración, un estímulo tradicional al desarrollo de California que ahora comenzaría a afectar a los estados adyacentes: “con la apertura del Canal –escribía Young– habrá una avalancha de colonos hacia este territorio –cientos de miles de inmigrantes al año–”. Ese flujo, fruto de la excepcional facilidad de movimientos de la época, era sin embargo considerado un perjuicio por los propios trabajadores de la zona.

Tampoco había consenso al dilucidar si las obras del Canal debían más a las proezas de una serie de individuos que personificaban el ideal del pionero americano, o a las maravillas de la técnica, posibles solo gracias a la acción, mucho más anónima, de los grandes *trusts*. El 4 de enero de 1914, el *Washington Post* homenajeaba a “los héroes de Panamá, que lo han dado todo para ofrecer al mundo un monumento a la habilidad y la energía americanas”. Muchos de los materiales y la tecnología empleados, no obstante, habían sido provistos por empresas punteras, algunas de las cuales, como Wheeling Steel, resultaban todavía relativamente pequeñas, pero que en su mayoría eran gigantes como General Electric (McCullough, 2004, 581-620). El juez federal Peter Grosscup, conocido por sus fallos a favor de las grandes ferroviarias en coyunturas como la huelga de los trabajadores de Pullman (1894), no vaciló en escribir, en el número de febrero de 1905 de la progresista *McClure's* que: “Si, por prosperidad nacional, entendemos que el pueblo americano, en masa (...) es más rico que en ninguna época anterior (...), entonces, como nunca antes, estamos en un momento de la mayor prosperidad. Pero, ¿no tienen las naciones, como

los individuos, un espíritu interior, un alma? ¿Y en qué se beneficiará nuestro país si gana el mundo, pero pierde su alma?” (Grosscup, 1905, 443; Hofstadter, 1955, 223-224). La incongruencia entre la iniciativa individual y las nuevas formas de organización afectó, de hecho, a los propios progresistas, que defendían la primera haciendo uso de las segundas. Un contraste entre lo viejo y lo nuevo que comenzaba igualmente a influir en las imágenes que de Estados Unidos se forjaban en el exterior. Ya en las postrimerías del siglo XIX, el político británico William E. Gladstone había dicho de Norteamérica: “La visión, para la humanidad, de instituciones libres, a escala gigantesca, resulta trascendental”. Pero, “¿cuál será la naturaleza de esta influencia? (...) No qué tipo de productor, sino ¿qué tipo de hombre será el americano del futuro? ¿Cómo usará su poder esta figura majestuosa, llamada a convertirse en la más poderosa en la historia del mundo?” (Stead, 1902, 163; Ellwood, 2012, 33).

Las acciones, omisiones y resultados de la política exterior de Estados Unidos en los primeros años del siglo XX dejaron sin respuesta la pregunta del antiguo primer ministro de Reino Unido. Los presidentes Theodore Roosevelt (1901-1909) y William Howard Taft (1909-1913) tuvieron claro, cada uno a su manera, que la simple continuidad de la tradicional proyección internacional del país acabaría sacándole de su escala regional, para colocarle en el mismo plano en que actuaban las grandes potencias europeas. Pero ninguno de los dos dio con la clave para guiar entre los complicados vericuetos del gran juego global a ese recién nacido coloso en proceso de adaptación que era Estados Unidos. Los puntos de vista más apegados al nacionalismo estrecho y exclusivista propio del siglo XIX casaban mal tanto con un intervencionismo creciente en el exterior, como con las nuevas corrientes de pensamiento que sustentaban las acciones –y agresiones– de sus homólogos europeos. Económicamente, el país se debatía entre el proteccionismo que, desde los años de la Reconstrucción, había hecho teóricamente posible el despegue industrial del Noreste y el Medio Oeste, y un mayor grado de apertura compatible con las prácticas mercantiles comunes en Europa. En los años que mediaron entre 1898 y el estallido de la Primera Guerra Mundial, la política exterior estadounidense siguió rompiendo sus moldes tradicionales, pero sin encontrar el lugar desde el que, cómodamente, pudiera desplegar ante los ojos del mundo su potencial y su influencia.

2.1. Afianzando posiciones

2.1.1. Theodore Roosevelt: una “vida extenuante”

Poco después de ocupar inesperadamente la Mansión Ejecutiva –que él mismo rebautizó como Casa Blanca–, Theodore Roosevelt (TR) expresó ante un grupo de periodistas la que, a su juicio, era la faceta más importante de su trabajo: “Supongo que mis críticos lo llamarán predicar, ¡pero tengo un púlpito tan bello!”. Su misión consistía en ofrecer a la ciudadanía unas líneas de actuación moral y política con vocación de perdurabilidad. A tal objeto cultivó cuidadosamente las relaciones con la prensa, estableciendo un alto grado de complicidad con su séquito de redactores, que se convirtieron en los mejores portavoces de sus ideas (Goodwin, 2013, xi-xii). Aunque, para Roosevelt, las palabras eran inseparables de la acción. En abril de 1899 había conmemorado el aniversario de la victoria del Norte en la Guerra Civil pronunciando un discurso en Chicago, en que abogó por la “doctrina de la vida extenuante”; una “vida de empeño y esfuerzo, trabajo y lucha”, conducente a “esa forma superior del éxito que proviene, no del hombre que anhela simplemente una paz fácil, sino del hombre que no se arredra ante el peligro, los apuros o las tareas amargas, y que de ellas obtiene el espléndido triunfo final”. Su propia vida quedó definida por el difícil equilibrio entre las ideas no del todo bien pergeñadas y las realizaciones apresuradas, en una dinámica que reflejaba a la perfección la contraposición de fuerzas que pugnaban por definir el futuro político dentro y fuera de Estados Unidos. Esta realidad presidió el obituario que le dedicó, el 6 de enero de 1919, el *New York Evening Post*: “Abría su mano con determinación y secuestraba los corazones y los sufragios de toda una raza, toda una iglesia, todo un bloque de estados” (Morris, 2010).

En el momento de su nacimiento (1858), la geografía del país y el hogar de TR venían determinados por la división entre el Norte y el Sur. El linaje de los Roosevelt se remontaba a los padres peregrinos del siglo xvii y su abuelo lo había engrandecido a través del negocio de la construcción, y más tarde, de las finanzas, hasta convertirse en uno de los pocos millonarios que había en Nueva York a mediados del siglo xix. Ateniéndose a su moral presbiteriana, Theodore padre había hecho buen uso de la fortuna familiar, dedicando su vida a la filantropía –fue uno de los mecenas del Museo Metropolitano de Arte y del Museo de Historia Natural–. Sin embargo, había desestimado el servicio

militar durante la guerra, para no herir los sentimientos de su esposa, Martha Bulloch, vástago de una familia de plantadores de Georgia, cuya mansión en Roswell sirvió a Margaret Mitchell de inspiración para la “Tara” de *Lo que el viento se llevó* (McCullough, 2001, 49). Las veladas acusaciones de cobardía que salpicaron la vida de su progenitor determinaron al joven Theodore a anhelar un evento como “la espléndida guerrita” de 1898, para tener ocasión de restaurar el honor familiar. Lo cierto es que los máuseres de pólvora blanca españoles a punto estuvieron de costarle la vida durante su participación voluntaria, al frente de los *Rough Riders*, en las operaciones cerca de Santiago de Cuba.

Estableciendo una pauta para varios de sus sucesores, el carácter de Roosevelt vino marcado por la necesidad de superar las taras de la infancia y los desafortunados golpes de la juventud. Aquejado de angustiosos ataques de asma en la niñez, los combatió con duras rutinas de ejercicio físico, que cimentaron su posterior notoriedad como “hombre de acción”, y le insuflaron la determinación que subyacía a su meteórica carrera política: miembro de la Asamblea del Estado de Nueva York (1882-1884) y de la Comisión Federal del Servicio Civil (1889-1895), Comisionado de Policía de Nueva York (1895-1897), subsecretario de Marina (1897-1898), gobernador de Nueva York (1899-1900), vicepresidente (1901) y finalmente, tras el asesinato de William McKinley, el presidente más joven de la historia del país (1901-1909). La interrupción más prolongada en esta progresión tuvo lugar tras la muerte, casi simultánea, de su madre y su primera esposa, en 1884. Buscando mitigar el dolor, se refugió durante dos años en un rancho de Dakota, donde vivió una experiencia que cambiaría para siempre su concepción del país. La geografía de Estados Unidos no vendría ya determinada para él por la fractura Norte-Sur, sino por la energía vital que creyó encontrar en el Oeste, al que asoció desde entonces su imagen pública. Como para Turner, para TR el Oeste recogía la esencia de la nación, y dotaba a sus habitantes de un catálogo único de características, entre las que destacaba la búsqueda de oportunidades allende las fronteras existentes. El prólogo que escribió en 1900 para sus cuatro volúmenes de *La conquista del Oeste* llamaba a ampliar los horizontes de ese idealizado territorio, que ya había sobrepasado los límites físicos de Norteamérica: “En el fondo, la cuestión de la expansión de 1898 no es sino una variante del problema que hubimos de resolver en cada etapa del gran movimiento hacia el Oeste. Importaba poco que el premio del momento fuera Luisiana o Florida, Oregón o Alaska. Las mismas fuerzas, los mismos

tipos de hombres, estuvieron a favor o en contra del desarrollo nacional, de la grandeza nacional, al final del siglo como al principio”.

El Roosevelt autor de libros no parece encajar del todo con el granjero o el cazador, como el Roosevelt imperialista no parece hacerlo con el progresista. La imagen que muchos, dentro y fuera de Estados Unidos, tenían de él o de su nación, se correspondía con una famosa foto de 1885 en que se le ve ataviado a lo Buffalo Bill. Pero su gorro de cazador abrigaba un cerebro cosmopolita, cultivado gracias a los viajes que la fortuna familiar le había permitido realizar, de adolescente y a modo de *grand tour*, por Europa y Egipto. Lector incansable, no veía incongruencia alguna en escribir a su hermana las impresiones que le había causado la *Anna Karenina* de Tolstoi, mientras participaba, durante su estancia en Dakota, en una batida contra ladrones. Su primer salto al estrellato lo dio, precisamente, a los veintitrés años, con la publicación de *La guerra naval de 1812* (1882), a la que seguirían varios volúmenes históricos y autobiográficos.

Su formación y su vida de privilegio tampoco le impidieron poner en práctica el republicanismo y la ética de servicio heredadas de su progenitor, que él dedicó en un principio a combatir la corrupción, tanto en su propio partido como en las instituciones oficiales. La visita a las “casas de vecindad” –*tenements*– de Nueva York en la década de 1880 le determinaron a paliar, con ciertas dosis de paternalismo, las malas condiciones de vida de los trabajadores. Todos estos males compartían la misma causa: el ahogamiento del individualismo estadounidense a manos de los “grandes intereses”. Durante su mandato, condujo al fiscal general hacia la aplicación efectiva de la Ley Sherman de 1890, propiciando con ello la ruptura de los principales *trusts* del ferrocarril y el petróleo. En 1902 forzó a los propietarios de minas de carbón de Pensilvania a atender las demandas de la Unión de Trabajadores Mineros, y en 1906 puso fin a los abusos de la industria cárnica de Chicago con la aprobación de la Ley sobre la Pureza de los Alimentos y la Medicina, hito inicial de la regulación sanitaria. Para cuando dejó la Casa Blanca, en marzo de 1909, sus ideas se dirigían a la utilización del Estado como una especie de organismo regulador de carácter general, cuya estructura se asemejara a la de los “grandes intereses” que se disponía a combatir. Con su oratoria directa, popular y hasta cierto punto agresiva –desde 1909 se refirió a su programa político como un “pacto claro”–, fue el primero en procurar la elevación de la Presidencia respecto al resto de poderes del Estado,

arrebatando al Congreso la iniciativa de los tiempos y los proyectos políticos. En 1905, el novelista Henry James quedó maravillado tras una visita a la Casa Blanca: “Theodore Rex es, en todo caso, una criatura extraordinaria por su intensidad, veracidad y bonhomía innatas” (Morris, 2001, 369-370).

El temperamento, las actitudes, la formación y la experiencia de TR confluyeron en sus miradas a la política internacional. Su nacionalismo se sustentaba en la firme creencia del destino excepcional del pueblo americano, cuyo cumplimiento requería, ante todo, seguridad estratégica. Un logro cada vez más dificultoso, dado el alcance mundial que estaban adquiriendo las disputas entre las potencias europeas. El cultivo de la historia naval y sus contactos posteriores con Mahan le convirtieron en uno de los más agueridos defensores del desarrollo de la armada. En su discurso en Chicago de abril de 1899 se congratuló porque “en el verano de 1898” la marina había ascendido “al lugar que le correspondía como una de las marinas de guerra más brillantes y formidables del mundo”. Como presidente se aseguró de que así siguiera siendo; entre ese año y 1913, el número de grandes cruceros bajo bandera de barras y estrellas subió de once a treinta y seis (Herring, 2008, 349), por detrás tan solo de la Royal Navy y de Alemania. Recordaba también que “nuestro ejército no se ha incrementado como debiera”, y que “ningún hombre de buen sentido y corazón firme” creería “que una nación de setenta millones de hombres libres se encuentra en peligro de perder sus libertades por la existencia de un ejército de cien mil hombres”. En este capítulo su mayor logro se ciñó a la creación en 1906 de una nueva estructura militar construida a partir del Estado Mayor. Por otra parte, defenderse significaba cooperar para que las rencillas internacionales no se dirimieran en lugares sensibles para Estados Unidos. TR siguió con preocupación la rivalidad franco-alemana, así como las tensiones en el Lejano Oriente, aprovechando las ocasiones que se le brindaron para poner en juego sus dotes de mediador.

El fortalecimiento de Estados Unidos no tenía por único objeto la autoprotección: “El ejército y la armada son la espada y el escudo que esta nación debe portar si va a cumplir con sus obligaciones entre las naciones de la Tierra”. Roosevelt fue, en este sentido, el mejor baluarte de las visiones plasmadas por Brooks Adams o Josiah Strong, clamando por participar en “el gran juego para elevar a la Humanidad”. El país se veía enfrentado a la misión de guiar el desarrollo de pueblos menos favorecidos, hasta convertirlos en una

imagen lo más fiel posible del sistema democrático americano: “No es tarea fácil –dijo en su mensaje anual al Congreso de 1901– para una nación la de hacerse con los rasgos de temperamento sin los que las instituciones de autogobierno no son sino una burla vacua (...). Lo que nos ha llevado a nosotros treinta generaciones, no podemos esperar que otra raza lo logre como si nada” (Chin, 2011, 422). Los norteamericanos ya se traían entre manos esa tarea de “ilustración” en Puerto Rico –que “no es lo suficientemente grande como para mantenerse solo”– y Filipinas –“muchos de sus pueblos no están preparados, claramente, para el autogobierno”–, y con ello se estaban mejorando a sí mismos: “El Gobierno de Inglaterra sobre la India y Egipto ha beneficiado enormemente a Inglaterra, al proporcionar formación a generaciones de hombres habituados a mirar el lado más grande y noble de la vida pública. Ha sido todavía más beneficioso para la India y Egipto. Y por último, ante todo, ha hecho progresar la causa de la civilización”.

Los desígnios de TR partían quizás del excepcionalismo y la convicción de disfrutar de un destino superior al del resto de naciones. Pero sus recetas y justificaciones sonaban, a oídos de sus conciudadanos, peligrosamente parecidas a las aplicadas por los europeos, cuya herencia imperial habían aprendido a despreciar. La política de rearme naval hizo de Norteamérica una pieza clave de la carrera de armamentos que tanto enrareció el clima internacional previo a 1914. Y las proclamas de Roosevelt se asemejaban a un trasunto de las demandas alemanas de un lugar bajo el sol, que motivaron algunas de las más graves crisis diplomáticas de entonces. TR fue probablemente el político que más hizo, hasta el momento, por traducir en presencia internacional efectiva el nuevo poderío alcanzado por Estados Unidos. Pero no logró una verdadera simbiosis entre los principios ideológicos señeros de la política exterior de la nación, y la nueva realidad a la que esta se enfrentaba. El testigo quedaba sin dueño hasta que pudiera recogerlo alguno de sus sucesores.

2.1.2. Los Estados Unidos, policías del istmo

La escenificación más completa de las ideas de política exterior de TR se desarrolló en el Caribe, donde cuajaron, bajo su supervisión, las dinámicas de tutela ensayadas desde finales del siglo XIX. Centroamérica resumía mejor que cualquier otra área geográfica sus preocupaciones estratégicas. Servía además

para alimentar los anhelos de expansión económica de una gran potencia en ciernes, y sus sueños de desarrollar una verdadera “misión civilizadora”. Todos estos factores, combinados con la intrincada dinámica del debate político en el Congreso y entre la opinión pública, tuvieron su manifestación más completa en Panamá, por entonces una escasamente habitada provincia de la República de Colombia, que desde el fin del dominio español había mostrado esporádicamente deseos secesionistas. El primer interés directo estadounidense en la zona había coincidido con el culmen de las polémicas en torno a la guerra contra México y el Destino Manifiesto, así como con el estallido de la primera fiebre del oro en California (1848-1855). En 1846, el cónsul de Estados Unidos en Bogotá había firmado un tratado con Colombia, obteniendo para su país importantes derechos de paso por el istmo, a cambio de comprometerse a respetar la neutralidad de la zona. El acuerdo permitió a una compañía americana construir, entre 1850 y 1855, una línea ferroviaria de 150 km a través de Panamá, destinada a actuar como servicio de paso para los emigrantes estadounidenses que se desplazaban de la costa Este a los nuevos dominios californianos. El Reino Unido, temeroso de que los norteamericanos estuviesen preparando el terreno para instaurar su dominio comercial, tomaron posesión en 1849 de la Isla del Tigre –en el golfo de Fonseca, entre Nicaragua, Honduras y El Salvador– cercana al lugar por donde se pensaba debía pasar el canal entre el Atlántico y el Pacífico, que venía poblando los sueños de unos pocos desde el siglo xvi. Buscando evitar futuros choques, en 1850, Henry Bulwer –ministro británico en Washington– y John Clayton –secretario de Estado del efímero Zachary Taylor– firmaron un tratado comprometiéndose a no invadir ninguno de los países centroamericanos y a compartir los intereses en la construcción de cualquier futuro paso interoceánico.

Como ocurrió con Cuba, el fin de la Guerra Civil coincidió con una disminución de la voluntad estadounidense de intromisión en el istmo. Esta fue hábilmente aprovechada por Ferdinand de Lesseps, una mezcla de empresario y visionario cuyo prestigio resultaba incuestionable tras haber logrado, en 1869, la apertura del Canal de Suez. Sus metas se dirigieron entonces hacia Panamá. Ignorando las enormes dificultades técnicas, el francés se hizo con una concesión del Gobierno colombiano para la construcción de un nuevo Canal –a cambio de 750 000 francos y un 5 % de los beneficios–. En 1879 constituyó en París una *Compagnie Universelle du Canal Interocéanique*, que había de recaudar fondos para la empresa. Las obras no se pusieron en marcha

hasta 1882, pero de inmediato los ingenieros comenzaron a verse desbordados por los corrimientos de terreno, así como por las enfermedades tropicales. La compañía sobrevivió hasta su quiebra en 1888, seguida tiempo después por un escándalo financiero que llevó al artífice de la aventura, en 1893, ante los tribunales. Solo su edad –y quizá su ascendiente– le libraron de la cárcel. Los restos de la sociedad se recompusieron en una nueva compañía, representada por otro francés de espíritu aventurero, Philippe Bunau-Varilla, y por un abogado neoyorquino, William Nelson Cromwell, que en 1894 se convirtió en director del ferrocarril transpanameño (McCullough, 2004, 243-250).

La suerte sonrió a Bunau-Varilla y Cromwell tras los hechos de 1898. El papel crucial jugado por la marina durante la guerra con España acrecentó su prestigio, a la vez que exhibió sus debilidades, simbolizadas por el tortuoso viaje de sesenta y siete días efectuado por el *USS Oregon*, entre San Francisco y Florida, nada más comenzar la contienda. La idea del canal compartió con Filipinas, Hawái y China el protagonismo de las secuelas de la guerra hispano-estadounidense. En 1899, McKinley obtuvo del Congreso permiso para formar una comisión de estudios presidida por el vicealmirante John Walker. Paralelamente, el secretario de Estado, John Hay, comenzó a negociar con Reino Unido una cesión de los derechos adquiridos por los británicos en 1850. Londres puso entonces su confianza en la recién nacida “amistad especial” y firmó en 1901 –con TR ya como presidente– el Tratado Hay-Pauncefote, que cedía a Washington el derecho exclusivo a construir y explotar cualquier vía interoceánica en la zona del istmo, con la sola restricción de aplicar a los intereses británicos los mismos derechos de paso que a los norteamericanos. Entretanto, la Comisión Walker había sopesado las opciones panameña y nicaragüense. Cuando en enero de 1902 se decantó por la segunda, lo hizo fundamentalmente por cuestiones económicas: no consideraba que los activos de la compañía de Bunau-Varilla costasen los 109 millones de dólares que pedía por ellos. Bunau y Cromwell decidieron entonces bajar el precio a 40 millones. La nueva oferta resultó suficiente para convencer a la Comisión Walker de cambiar su veredicto a favor de Panamá, cuyas opciones fueron defendidas en la Cámara Alta por el jefe de la mayoría republicana, el poderoso senador por Ohio Mark Hanna. El 19 de junio, el Senado contravino a la Cámara votando a favor de Panamá, y los representantes acabaron desdiciéndose de su antigua decisión una semana después (McCullough, 2004, 181-356).

El único obstáculo que se interponía ahora entre los Estados Unidos y el Canal era Colombia, cuya situación interna resultaba, cuando menos, complicada. A la Guerra de los Mil Días (1890-1902), que enfrentaba al Partido Liberal con los conservadores del presidente José Marroquín (1900-1904), se añadió en 1901-1902 una nueva revuelta independentista en Panamá. Marroquín se mostró repetidamente dispuesto a negociar con Estados Unidos un tratado sobre el Canal, buscando no solo reforzar su posición frente a los liberales, sino también seguir contando con la ayuda que los marines norteamericanos le venían prestando para sofocar la insurrección panameña. Sin embargo, cuando el 22 de enero de 1903 concluyó la negociación del tratado Hay-Herrán, la guerra civil había terminado, sin que la posición del presidente colombiano estuviese libre de amenazas. El acuerdo concedía a Estados Unidos la administración en el istmo, por cien años renovables, de una franja de seis millas, a cambio de un pago de 10 millones de dólares, más 250 000 dólares al año mientras durase la concesión. Por sorpresa, Marroquín instó al Senado de Colombia, que debía ratificar el texto, a oponerse a los derechos de extraterritorialidad otorgados a Estados Unidos, así como a la indemnización, considerada en exceso escasa (Collin, 2000, 122-123; Marks, 1978).

TR se sintió ultrajado y comenzó a explorar vías alternativas para lograr sus propósitos. Descartada, por criterios legales y de opinión pública, la intervención militar directa, la oportunidad se la sirvió en bandeja el propio Bunau-Varilla. Actuando de enlace entre rebeldes panameños y el subsecretario de Estado Francis Loomis, comenzó a preparar una nueva insurrección independentista. Bunau y Loomis se reunieron con Roosevelt el 10 de octubre de 1903, y tras preguntarle si volvería a defender los intereses de Colombia frente a una nueva insurrección, el presidente se limitó a responder: “No me sirve de nada un gobierno que haga lo que ese gobierno [de Marroquín] ha hecho” (Morris, 2001, 275). El 30 de octubre TR dio órdenes para que el *USS Nashville* se dirigiese al puerto de Colón. Para cuando arribó, el día 2, los independentistas se habían movilizado; los navíos estadounidenses impidieron la llegada de tropas colombianas, y el día 6 Washington reconoció al gobierno de los rebeldes. Estos comisionaron a Bunau-Varilla para negociar con Estados Unidos un nuevo acuerdo sobre el Canal, que se concluyó en noviembre de 1903. Los norteamericanos obtuvieron una franja aún más ancha—de diez millas—, mayores privilegios de extraterritorialidad, y la perpetuidad de la concesión (Rabe, 2011, 283-287). La historia que siguió hasta la apertura

oficial del Canal en agosto de 1914 constituyó una aparente muestra de éxito del modelo de desarrollo técnico, científico y sanitario estadounidense.

La presencia estadounidense en Panamá tuvo eco en toda Centroamérica. Así lo predijo, el 3 de enero de 1905, el todavía secretario de guerra de Roosevelt, Elihu Root: “El efecto de la construcción, por nuestra parte, del Canal, será requerirnos ejercer de policía en las áreas circundantes” (Zimmermann, 2002, 437; Jessup, 1938, 470-471). Los débiles equilibrios entre las potencias europeas y la indefinición del derecho internacional lo hacían cada vez más probable. Reino Unido y Alemania eran acreedores de muchas repúblicas latinoamericanas, cuya capacidad de endeudamiento se veía continuamente sometida a los vaivenes de la política interna. Los países de la zona habían tratado de defenderse de las situaciones de impago propiciando la extensión de los acuerdos de arbitraje y la aceptación de principios jurídicos que limitasen la intromisión exterior (Harris, 2016). Pero la tentación de recuperar el dinero invertido mediante una acción directa era demasiado fuerte para unos Estados europeos inmiscuidos en una acuciante lucha por la primacía.

La primera oportunidad se les presentó a finales de 1902 en Venezuela, regida por un dictador –Cipriano Castro (1899-1908)–, e inmersa asimismo en una guerra civil –la Revolución Nacional-Libertadora–. El Gobierno de Caracas había suspendido el pago de sesenta y dos millones de bolívares, cuyos acreedores principales eran Reino Unido y Alemania (Morris, 2001, 177). Berlín aspiraba aún a lograr algún tipo de alianza con un Londres dolido de su reciente enfrentamiento con París en Fashoda (1898); por su parte, el Káiser consideraba el Caribe como una carta de escaso valor dentro de su *Weltpolitik* (Mitchell, 1996, 188). Dejó, pues, hacer a Reino Unido, que a su vez parecía poco dispuesto a poner en riesgo su entendimiento con Estados Unidos. TR insinuó tener poco que objetar a una posible acción europea; en su primer mensaje sobre el Estado de la Unión –3 de diciembre de 1901– había advertido que: “No preservaremos del castigo a ningún Estado que exhiba una mala conducta, siempre que el castigo no se materialice en la adquisición de territorio por parte de una potencia no americana”. Con las espaldas aparentemente cubiertas, alemanes, británicos e italianos comenzaron a hacerse, el 9 de diciembre de 1902, con el control de los navíos de la armada venezolana, como paso previo al establecimiento de un bloqueo marítimo. En los enfrentamientos subsiguientes los atacantes bombardearon Puerto Cabello (Mitchell, 1996, 196-198).

El presidente venezolano, hasta entonces opuesto a cualquier tipo de mediación, sorprendió a propios y extraños proponiendo un arbitraje a manos de Norteamérica. Allí, la prensa había comenzado a dar muestras de indignación ante la actuación de los europeos y, sobre todo, de Alemania. El *Constitution* de Atlanta dijo el 17 de diciembre que “resulta difícil ver cómo el Gobierno de Estados Unidos puede mantener su neutralidad”. Y el *New York Herald* hablaba de “un plan para deshacer el entendimiento anglo-americano” por parte de Guillermo II (Thompson, 2015, 577-578). TR se decidió entonces a secundar a Castro, ofreciéndose como árbitro. Años después diría que llegó a amenazar a Alemania con atacar sus barcos si no se plegaba a la mediación. Fuera por este supuesto ultimátum, o por los deseos británicos de no irritar a Washington, unidos a la actitud conciliadora de Berlín respecto a Londres, los europeos aceptaron la mediación el 18 de diciembre de 1902 (Tilchin, 2004, 67-68). El acuerdo entre las partes se cerró en febrero del año siguiente, no sin que los alemanes hubiesen vuelto a levantar ampollas en los periódicos norteamericanos, tras bombardear el 17 de enero el fuerte de San Carlos de la Barra.

La experiencia venezolana hizo cuajar una nueva interpretación de la Doctrina Monroe. El bloqueo anglo-alemán había servido a TR para constatar que la ciudadanía no se oponía a un papel más activo en el Caribe. Por otra parte, en febrero de 1904, el Tribunal Internacional de La Haya otorgó a Berlín y Londres preferencia frente a otros tenedores en cualquier arreglo futuro sobre la deuda venezolana. La sentencia podía interpretarse como un aval a futuro y un estímulo de la *diplomacia de la cañonera*, en un año en el que TR buscaba su reelección (Smith, 2005, 69). Por ello, preparó una declaración que Elihu Root leyó el 20 de mayo frente a la Sociedad Cubana de Nueva York: “La brutalidad, o la impotencia que conduce a un relajamiento de los lazos propios de una sociedad civilizada, pueden requerir la intervención de una nación civilizada; y Estados Unidos no puede ignorar esta obligación dentro del Hemisferio Occidental” (Morris, 2001, 326). El corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, que el presidente reiteró en su mensaje anual de 5 de diciembre de 1905, convirtió a Estados Unidos en una especie de policía continental, lista para intervenir antes que los europeos, frente a cualquier conato de desorden.

Las palabras de Root se habían escrito con un ojo puesto en la República Dominicana, cuyo presidente –Carlos Morales (1903-1906)– jugaba con la idea de blindarse frente a los enemigos internos y los acreedores externos

ofreciendo un protectorado a Estados Unidos. La situación allí afectaba tanto a los prestamistas europeos como a los inversores norteamericanos, cuyos activos ascendían a los 20 millones de dólares (LaFeber, 1993, 197-198). En junio de 1904, un tribunal arbitral que estudiaba en Washington las reclamaciones de la San Domingo Improvement Co., determinó que la empresa tenía derecho a cobrarse la deuda contraída con ella por el Gobierno dominicano con dinero de sus aduanas. En previsión de una oleada de reclamaciones similares por parte de otros inversores, Roosevelt decidió intervenir, no sin esperar a su holgada reelección de noviembre de 1904. En enero cerró un tratado que cedía a Estados Unidos el control de las aduanas dominicanas. Cuando el Senado se negó a ratificarlo, Roosevelt lo aplicó por orden ejecutiva, en un ejemplo temprano de “presidencia imperial”. El Capitolio acabó cediendo en 1907, una vez que la República Dominicana había dejado ya el control de sus finanzas en manos de asesores estadounidenses y Washington había adquirido el compromiso informal de defender su estabilidad interna. TR se justificó aduciendo que con sus acciones “la estabilidad, el orden y todos los beneficios de la paz” habían llegado “al fin, a Santo Domingo”. Su corolario y el precedente dominicano cimentarían la política estadounidense hacia el Caribe, al menos, hasta la década de 1930.

2.1.3. Los prejuicios raciales y la política hacia China

El afianzamiento de Estados Unidos en Filipinas alumbró nuevas facetas de fenómenos que afectaban a la política exterior. Así, los prejuicios raciales comenzaron a influir seriamente en las relaciones con Asia. TR había asumido el lenguaje de la jerarquía de razas, aunque no su determinismo, ya que la posición que cada grupo ocupaba en la escala étnica se encontraba sujeta a cambios: “La selección natural —escribió en 1895— es tan solo una de las características del progreso (...). En las sociedades civilizadas la rivalidad de la selección natural es contraria al progreso” (Roosevelt, c1905a, 324, 327; Ninkovich, 1996, 227-228). Este se materializaba mediante la importación de valores civilizatorios propios de otras razas. Pero no todas poseían el mismo potencial de mejora: “Una raza totalmente estúpida nunca podrá alzarse hasta un plano elevado (...), pero el factor principal para la conservación de una raza es su capacidad de lograr un alto grado de eficiencia social”